

TERCER DOMINGO DE ADVIENTO

Buenas Noticias para pecadores, para gente normal.

T E X T O S

"Alegraos en el Señor". Es la tónica de este domingo, en el que se subraya, más que el aspecto costoso de la conversión, su verdadera esencia: la alegría por la Salvación. Esto se expresa en los textos del segundo Isaías, el Libro de la Consolación, la exhortación de Pablo a la vida intachable, fiada en Dios, y en la figura del Precursor.

DEL PROFETA ISAÍAS (61; 1-2,10-11)

El espíritu del Señor Yahveh está sobre mí, por cuanto que me ha ungido Yahveh. me ha enviado A anunciar la buena nueva a los pobres, a vendar los corazones rotos; a pregonar a los cautivos la liberación, y a los reclusos la libertad; a pregonar año de gracia de Yahveh. Con gozo me gozaré en Yahveh, exulta mi alma en mi Dios, porque me ha revestido de ropas de salvación, en manto de justicia me ha envuelto como el esposo se pone una diadema, como la novia se adorna con aderezos. Porque, como una tierra hace germinar plantas y como un huerto produce su simiente, así el Señor Yahveh hace germinar la justicia y la alabanza en presencia de todas las naciones.

DE LA PRIMERA CARTA DE PABLO A LOS TESALONICENSES (5; 16-24)

Estad siempre alegres. Orad constantemente. En todo dad gracias, pues esto es lo que Dios, en Cristo Jesús, quiere de vosotros. No extingáis el Espíritu; no despreciéis las profecías; examinadlo todo y quedaos con lo bueno. Absteneos de todo genero de mal. Que El, el Dios de la paz, os santifique plenamente, y que todo vuestro ser, el espíritu, el alma y el cuerpo, se conserve sin mancha hasta la Venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que os llama y es él quien lo hará.

DEL EVANGELIO DE JUAN (1; 6-8, 19-28)

Hubo un hombre, enviado por Dios: se llamaba Juan. Este vino para un testimonio, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por él. No era él la luz, sino quien debía dar testimonio de la luz. Y este fue el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron donde él desde Jerusalén sacerdotes y levitas a preguntarle: «¿Quién eres tú?» El confesó, y no negó; confesó: «Yo no soy el Cristo.» Y le preguntaron: «¿Qué, pues? ¿Eres tú Elías?» El dijo: «No lo soy » - «¿Eres tú el profeta?» Respondió: «No. » Entonces le dijeron: «¿Quién eres, pues, para que demos respuesta a los que nos han enviado? ¿Qué dices de ti mismo?» Dijo él: «Yo soy voz del que clama en el desierto: Rectificad el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías.» Los enviados eran fariseos. Y le preguntaron: «¿Por qué, pues, bautizas, si no eres tú el Cristo ni Elías ni el profeta?» Juan les respondió: «Yo bautizo con agua, pero en medio de vosotros está uno a quien no conocéis, que viene detrás de mí, a quien yo no soy digno de desatarle la correa de su sandalia.» Esto ocurrió en Betania, al otro lado del Jordán, donde estaba Juan bautizando.

TEMAS Y CONTEXTOS

EL TEXTO DE ISAÍAS

Tomado del tercer libro "de Isaías". Las expresiones del profeta se refieren a la restauración de Israel tras el destierro. Se emplea el conocido recurso bíblico de representar la protección de Dios en la abundancia material y en los signos de riqueza (ropas de salvación, manto de justicia, diadema...) Pero el texto se aplica directamente a Jesús especialmente por su principio: "A anunciar la buena noticia a los pobres...", cita utilizada por el mismo Jesús para anunciarse como Mesías (Mt.11 y Lc.7). Se utilizan por tanto estos textos de Isaías en un doble sentido: como anuncio mesiánico y como anuncio del carácter salvador del Reino, salvación para los pobres, alegría por la salvación de Dios. Llamam la atención las imágenes utilizadas para referirse a la acción de Dios: "anunciar la Buena Noticia a los pobres, vendar los corazones rotos, pregonar a los cautivos la libertad".

EL TEXTO DE LA CARTA A LOS TESALONICENSES

La primera carta a los cristianos de Tesalónica es con casi total seguridad el primer escrito del Nuevo Testamento, escrita desde Corinto el año 51, unos veinte años después de la muerte de Jesús. Nos deja ver cómo era una comunidad cristiana joven, ferviente, firme en medio de los sufrimientos.

El tema fundamental que desarrolla la carta se refiere al problema teológico de la segunda venida de Cristo, pero el fragmento que leemos es la despedida de la carta, en la que Pablo hace algunas recomendaciones finales, como un breve resumen de vida cristiana. Cualquiera de estas frases nos suena como dirigida a nosotros mismos: "Estad siempre alegres, orad constantemente, no extingáis el espíritu, probadlo todo y quedaos con lo bueno..." han venido a ser expresiones clásicas de la espiritualidad habitual de los cristianos.

EL EVANGELIO DE JUAN

El cuarto evangelio da gran importancia a la figura de Juan Bautista, en dos sentidos: en primer lugar, como Precursor: él es el que anuncia la presencia de Jesús; en segundo lugar, para "ponerlo en sus sitio"; sin duda, los discípulos de Juan llegaron a pensar que él era "el que había de venir", y era necesario dejar claro que su misión había sido solamente ser "testigo de la luz". Pero la luz es Jesús, no Juan. De ahí la insistente proclamación de Juan: "No soy".

Se dice que los enviados de Jerusalén son sacerdotes y levitas, pero luego se afirma que son fariseos. Estas afirmaciones son más bien contradictorias, y nos hacen pensar en una redacción del texto bastante lejana a medios culturales judaicos. Por otra parte, ya desde estos primeros párrafos se habla de "los judíos", como opositores (como si el Bautista, el evangelista y el mismo Jesús no fueran judíos). Se está subrayando por tanto una de las líneas de fuerza del cuarto evangelio, por otra parte ya expresada en el Prólogo: "Vino a los suyos y los suyos no le recibieron". El cuarto evangelio se escribe en una comunidad expulsada de la Sinagoga, que tiene por eso muy claro que "lo de Jesús"

ha roto definitivamente con el judaísmo y es nuevo, más aún que culminación de lo antiguo.

Tanto en el cuarto como en el segundo Evangelio, el Bautista es presentado por medio de citas bíblicas (del Éxodo, de Malaquías, de Isaías), de modo que Jesús es anunciado como "el que ha de venir", la culminación de todo lo anterior. Es importante reseñar que la penitencia, la conversión de los pecados que Juan predica, no son el fin, sino el medio para prepararse a la venida del Señor. Nuestro esfuerzo de purificación es un estado de atención, de mostrarse disponibles ante el Señor: se expresa en el signo exterior del bautismo. Pero todo eso es para prepararse: luego viene el Señor, que es el que salva. Nuestra acciones no nos salvan: preparan el camino al salvador, nos disponen bien para recibir la salvación.

REFLEXIÓN

Todos los textos de estos domingos de Adviento giran en torno a los mismos temas y los repiten una y otra vez. Y con razón, porque son las actitudes básicas indispensables de cualquier seguidor de Jesús, diríamos que de cualquier persona de talante religioso.

La acción de Dios y nuestra respuesta se representan siempre como un ENCUENTRO entre personas. Los dos que se encuentran caminan para encontrarse. Dios viene, nosotros vamos, y nos encontramos. Esta manera de expresarse, en la imagen de dos que se encuentran, puede ser luego traducida a conceptos teológicos más abstractos (la libertad y la gracia, la doctrina de la justificación...) pero tales conceptos han demostrado sobradamente su insuficiencia, han creado muchos más problemas de los que han solucionado. Me parece que una de las tentaciones de la Teología Dogmática ha consistido en querer encerrar a Dios en los recipientes de nuestros conceptos. Y no cabe. Conviene más al conocimiento de Dios el modo metafórico, parabólico, que no pretende abarcar a Dios sino orientarnos en la dirección correcta, y no aspira a comprender el misterio interior de Dios mismo sino a aceptar a Dios tal como Él se nos muestra. Podríamos decir que La Palabra no nos dice cómo es Dios sino cómo se porta con nosotros. Así, la imagen de dos que se encuentran, que van al encuentro uno de otro, es más expresiva que cualquier conceptualización.

Y es que, para conocer a Dios, es mejor ir a su encuentro que inventarlo. Lo encontramos donde Él se ha mostrado, en Jesús. Lo inventamos cuando nos fiamos más de nuestra razón e intentamos que sea nuestra razón la que invente a Dios. No hace falta inventarlo, ni es razonable. Jesús es para nosotros lugar de conocimiento, lugar de encuentro con Dios. "No tendrás otros dioses delante de mí, no te harás imágenes mías" siguen siendo preceptos llenos de sabiduría. La única imagen de Dios es Jesús, y el único Dios fiable es el que en Jesús se muestra. Es la piedra angular de nuestra fe: quitada esa piedra, el edificio se derrumba.

Este Jesús a quien Juan anuncia muestra a Dios con una característica especialmente definida: se dirige a los pobres, a los corazones rotos, a los cautivos. Esta será una tónica característica de Jesús. Dios no es de ni para los poderosos, los sabios, los ricos, los pontífices, ni siquiera para "los santos". Dios es de todos y para todos; y la mayoría de estos "todos" son pobres, están cautivos, tienen roto el corazón. Demasiadas veces las religiones son de gente poderosa, de sabios y de santos. Jesús va a mostrar que la

religión es de sencillos, de enfermos y de pecadores. Ésta es sin duda la causa más profunda de la alegría que supone el mensaje que hoy recordamos. Tenemos acceso a Dios, no porque somos santos, ni sabios ni ricos, no **aunque** somos gente normal, enfermos y pecadores, sino precisamente **porque** somos gente normal, porque somos pecadores, porque nos aquejan muchas necesidades. Por eso, especialmente por eso, Dios está con nosotros. Es el corazón de la revelación de Jesús.

Esto es lo que fundamenta el ambiente de profunda alegría que preside el Adviento como preparación de la Navidad. ¡Podemos conocer a Dios! ¡Hemos comprobado que es Él el que sale al encuentro!. Dios no es patrimonio de ricos y poderosos, Dios es para todos, y más aún de los que más le necesitan. Navidad será ante todo la celebración de que Dios está con nosotros, para nosotros, de que la búsqueda humana de más, de más humanidad, de más sentido, está bien fundada, no está abocada al fracaso, se dirige al éxito. Jesús - Emmanuel, "Dios con nosotros Salvador", es el resumen de nuestra fe y de nuestra esperanza.

El Adviento prepara así la Buena Noticia. Hemos usado tanto esta expresión que no la valoramos. Jesús trae una noticia, una novedad, y esta novedad es buena, buenísima: es un Dios nuevo y estupendo: no es un Dios temible, lejano, propiedad de sabios, santos y poderosos. Es una madre ansiosa de todo lo mejor para sus hijos, especialmente para los más pequeños, para los que más necesitan de ella. Es la razón última de que hablemos de Buena Noticia, y de que nuestra primera respuesta sea la alegría.

PARA NUESTRA ORACIÓN

¿Quién nos ha robado la alegría del Adviento? ¿Quién ha vestido al Adviento con el triste color morado? ¿Quién y por qué ha transformado la alegría de saber que viene el Señor, el consolador, el que da vida, y nos ha cambiado esa alegría por el temor, las penitencias, la amenaza? ¿Quién ha convertido la Buena Noticia de Jesús en un catálogo de misteriosos conceptos abstractos y de ásperas leyes de perfección voluntarista?

Hoy es un domingo para sentir y para examinar. Para sentir profundo alivio al reconocer (volver a conocer, enterarse, descubrir) a Dios, tal como Él mismo se ha dejado ver, para quedarse sorprendido, agradablemente sorprendido al comprobar que Dios es mucho mejor que lo que nos habían vendido. Y para examinar: ¿creo en ese Dios, el Dios Salvador que Jesús muestra, o sigo sometido a un ídolo que no existe? Jesús es el Libertador, y nos libera ante todo del miedo a Dios, y de los que tantas veces nos lo han predicado.

Pero es también un domingo para la conversión: "anunciar la Buena Noticia a los pobres, vendar los corazones rotos, pregonar a los cautivos la libertad". Nos preguntamos: nosotros la iglesia, ¿somos buena noticia para los pobres, vendamos corazones rotos, pregonamos libertad a los cautivos? Me temo que nosotros la iglesia no nos distinguimos precisamente por eso, no preferentemente por eso. Nosotros la iglesia, en nuestras manifestaciones más públicas, no somos pregoneros de ese Dios-para-los-pobres, sino ostentación de poder, esplendores dorados y sabiduría, que no consuelan ni liberan a nadie. Nosotros la iglesia, en nuestro quehacer cotidiano, no somos un colectivo que dé esperanza al emigrante, al homosexual, a la gente de escasos recursos,

a los divorciados, a los esclavizados. Hay colectivos en la iglesia que sí dan esa esperanza, pero nosotros la iglesia, especialmente la iglesia de los países ricos, como colectivo global, no somos ese signo de esperanza. Me parece que la dimensión de esperanza para los pobres es para nosotros un adjetivo, añadido porcentual a una fe más preocupada del dogma, del rito y de la norma. Y no es un adjetivo, es lo más, lo único sustantivo de los que siguen a Jesús.

MEDITACIÓN. MI CONVERSIÓN.

Nuestros criterios y el Evangelio: repasar las bienaventuranzas, o el Sermón del Monte entero. Sin mentirnos. Sentir que no nos gustan, que no entendemos, y reconocerlo así delante de Dios. Y pedir a Dios la conversión. Reconocernos ante Dios "ricos", "sabios", es decir, inexpugnables a su Palabra porque preferimos la nuestra.

Trasladarlo a un coloquio con Jesús Crucificado. Atreverse a decirle que no tiene razón, que aunque sea Dios hecho hombre no sabe vivir y por eso acabó mal. Atreverse a darle consejos, de dinero, de confort, de pasarlo bien, de perdonar pero no olvidar...

CONTEMPLACIÓN DEL PECADO DEL MUNDO, causa de tanto dolor. Pasar revista a todos los pecados del mundo, a la ambición, la sensualidad, la venganza, la mentira, la violencia..... y ver a los hombres sufrir las consecuencias de haber preferido sus Ídolos. Mirar la idolatría del mundo, también la de la Iglesia, como causa del dolor del hombre.

Y pedir la salvación, rogar "ven, Salvador".

CÁNTICO DE MARÍA

El Cántico de María (Lucas 1,46) es la perfecta expresión del reconocimiento de la Salvación. Alegría, reconocimiento de que es un regalo maravilloso de Dios, renuncia al saber y al orgullo de los hombres. En María se cumplen las Bienaventuranzas a la perfección. Y tomamos sus palabras para expresar nuestro agradecimiento por aquella parte de nuestro espíritu que tiene sed de Dios, que desea la Luz.

Proclama mi alma la grandeza de Dios,
se alegra mi espíritu en Dios, mi Salvador,
porque ha mirado la pequeñez de su esclava.
Desde ahora me llamarán dichosa todas las generaciones
porque el Poderoso ha hecho en mí maravillas.
Su nombre es "Santo".
Su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.
Ha desplegado la fuerza de su brazo,
ha dispersado a los soberbios.
Ha arrojado a los potentados de sus tronos,
ha ensalzado a los humildes.
A los hambrientos los llena de bienes,
a los ricos los despide vacíos.
Auxilia a Israel su siervo,
recordando su misericordia,
como había prometido a nuestros padres,
en favor de Abraham y su descendencia para siempre.